

re, reflejarlas con prontitud, fidelidad e imperio en el Parlamento, sus cambios de dirección, son el desgaste y el acuerdo de las oligarquías, el albedrío personal de la Corona, o el hecho de fuerza del Ejército. En definitiva a éste va, y en él permanece latente el poder supremo, eficaz e inapelable para decidir la suerte del pueblo. ¿De quién es la culpa? De todos: al parecer, más que de nadie, de aquél que abdica o se postra; sin acudir a las últimas causas teóricas, del poder personal, que desnaturaliza y explota su mando preeminente y honorífico de la fuerza armada, convirtiéndola en guardia, y obligando a volverla contra la misma arbitrariedad que de ella se rodea. Quizás las causas sean más complejas, y enseñan con el ejemplo de todas las revoluciones, que éstas serían imposibles, si en una forma o en otra, de iniciativa o de adhesión, de alzamiento franco o de pasividad en auxilio, la fuerza no compartiese los sentimientos populares, y se colocara por el contrario autónoma y firme del lado de la autoridad gobernante. Los que hablan de revoluciones meramente civiles, deberían aclarar el concepto, para convencerse de que era más tranquilizador, o meditar en su esperanza para comprender si era del todo ilusoria. Si piden a la fuerza que se cruce de brazos, demandan un